Decían en radio y periódico que el puente nuevo iba a ser la última maravilla, que iba a unir a Santander y Antioquia, que abriría el comercio. Que les daría nuevas oportunidades a las personas. todos comenzaron a comentarlo.

Margarita Muñoz Garzón, mesera en la zona, empezó a escuchar los murmullos sobre el tema, sin prestar mucha atención. Sin embargo, cuando extranjeros comenzaron a mostrarse por el bar donde trabajaba, su curiosidad comenzó a despertar.

Ella, al igual que los habitantes de Puerto Berrío, no daban fe por proyectos de este estilo. Hace algunos años se había habilitado el servicio de vías de ferrocarril, pero después de muchos escándalos de dineros desaparecidos por manos resbaladizas, ya el pueblo no confiaba. De entre los sospechosos, según dicen; se encuentra el alcalde, un ingeniero, dos policías y hasta el párroco de la iglesia. De este último no se sabe si por morbo del pueblo o si genuinamente sus manos estaban untadas de mermelada.

El alcalde firmó por su tajada, el ingeniero, vendió los materiales (dizque a 20 pesos por encima de cada kilo de cemento regulado) y los policías callaron a los curiosos que se pusieron a hablar de más. Como Doña Flor, que una noche fue a su santo rosario y amaneció con una corbata en la garganta, de esas que se pusieron tan de moda en las últimas elecciones.

O don marcos, que, ante la ira de ser ultrajado ante una corrupción tan evidente, colocó la denuncia pública tanto en los periódicos como en la comisaría, donde juraba que iba a reportarlos según él, con evidencia irrefutable; para defender a su pueblo tan querido, pero tan codiciado y explotado.

Don Marcos amaneció baleado al anochecer el primer día de haber hecho su denuncia. Dos policías lo arrinconaron y lo que estalló en la cancha de tejo no fueron las papeletas de pólvora.

Por eso todos los habitantes de Puerto Berrío se encontraron boquiabiertos cuando descubrieron la estructura finalizada y en efecto, la prometida activación económica se iba a dar, en efecto, las vías se iban a habilitar y en efecto, Santander y Antioquia ahora estaban conectados por un puente. ¡Qué maravilla!

Todos los habitantes de Puerto Berrío estaban contentos, celebrando con lechona y tamales la inauguración de lo que se vendía como una nueva etapa para Puerto Berrío.

Algunos se preguntaron:

¿Y el puente peatonal?, ¿Y las vías de la carrilera?, ¿Por qué solo tiene una vía?, ¿Cuánto dinero se gastaron?

Y, al igual que antes, los balearon; pero está vez, el pueblo estaba conforme. Pues era mejor tener medio puente que no tenerlo, era mejor tener media victoria que una derrota completa.

Margarita Muñoz Garzón, ahora mesera de los ingenieros encargados de la construcción del puente, se posó frente a la nueva maravilla arquitectónica e ingenieril, irreverente, desconfiada, cansada de las mentiras, cegada de frustración e ira; mirando fijamente el metal doblado, suspiró lo único que se le vino a la mente

“Se robaron la hijueputa plata”